

EL INTELLECTUAL ANTE EL MEMORICIDIO

JUAN GOYTISOLO

El final de la Guerra Fría y el de la división del mundo en dos campos antagónicos han tenido al menos una consecuencia inesperada: los intelectuales, parecen haber perdido la voz crítica que los caracterizó durante la mayor parte del siglo XX.

La obra reciente de Juan Goytisolo nos presenta un ejemplo de cómo, aún en la Aldea Global, los intelectuales pueden seguir ocupando un espacio de conciencia crítica. Entre 1993 y 1994, durante uno de los periodos más duros de la guerra, Goytisolo realizó dos viajes a Sarajevo; a su regreso publicó *Cuaderno de Sarajevo* (El País/Aguilar, 1993), una crónica sobre la resistencia de la ciudad sitiada, y *El sitio de los sitios* (Alfaguara, 1995), una novela cuyos protagonistas son la intolerancia y el conflicto étnico. Si tan sólo un puñado de intelectuales se interesaron en Bosnia, quizá Goytisolo fue el único en ocuparse de la guerra en Chechenia, región a donde viajó en 1995 y que constituye el escenario de *Paisajes de guerra con Chechenia* al fondo (Santillana, 1996), su más reciente libro de ensayos y crónicas.

R.G.

RUBÉN GALLO: ¿Cómo decidió viajar a Sarajevo?

JUAN GOYTISOLO: Cuando empezó la implosión de Yugoslavia y la guerra en Bosnia, ya había leído el manifiesto de los intelectuales de la Academia de Ciencias de Belgrado que sirvió de base al programa de Milosevic para practicar lo que se ha llamado la *limpieza étnica*. Al leer este documento, me sorprendió el paralelo entre los mitos en los que se fundaba el ultranacionalismo serbio y los mitos en los que se fundó durante siglos el ultranacionalismo español. Me encontraba ahí con un terreno muy conocido y me impresionó mucho que ese manifiesto recordaba a las obras de don Marcelino Menéndez y Pelayo, a algunas páginas de los autores castizos del 98, a Ramón Menéndez Pidal y a Ramiro de Maeztu, e incluso al nacionalismo radical de Onésimo Redondo y Primo Antonio de Rivera. Antes de ir a Sarajevo escribí un ensayo sobre este paralelo entre los mitos exterminadores del ultranacionalismo serbio y los mitos españoles que habían favorecido la expulsión primero de los judíos y luego de los moriscos.

En mayo de 1993 encontré en Berlín a Susan Sontag que acababa de regresar de Sarajevo. "Tienes que ir", me dijo, "es impensable lo que está ocurriendo en una ciudad europea sin que haya una movilización cívica o una protesta por parte de los intelectuales". Le dije inmediatamente que sí, y en julio fui por primera vez a Sarajevo durante uno de los momentos más duros del asedio. El resultado fue el *Cuaderno de Sarajevo*.

Volví en enero de 1994 y me encontré con una situación mucho peor. Era invierno, hacía un frío terrible. No había luz ni agua. Hubo días en los que caían 1 300 obuses sobre Sarajevo. La prensa había desaparecido prácticamente de la ciudad, y los pocos periodistas que quedaban estaban recluidos en un hotel Holiday Inn vacío, donde sólo se escuchaba el estruendo de los obuses y de los morteros. Quizá lo que más me estremeció fue la visita al depósito de cadáveres del hospital de Kosovo: cada día había muertos y más muertos, y muchísimos niños heridos de bala por francotiradores. Ya había escrito el *Cuaderno de Sarajevo*, no podía escribir un nuevo cuaderno, y poco a poco maduró la idea de la obra de ficción literaria que es *El sitio de los sitios*.

R.G.: Tanto en el *Cuaderno de Sarajevo* como en *El sitio de los sitios*, habla extensamente sobre la destrucción de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, un antiguo edificio que albergaba manuscritos otomanos, persas y árabes, y que fue bombardeado por los ultranacionalistas serbios en 1992. El gobierno de Bosnia-Herzegovina describió este acto como "el atentado más bárbaro cometido contra la cultura europea desde la Segunda Guerra Mundial".

J.G.: En ese acto se repetía algo que también forma parte de la historia española. Después de la conquista de Granada —pese a todas las promesas de libertad religiosa y de tolerancia que manifestó el primer arzobispo Fray Hernando de Talavera— se procedió a la destrucción y la quema pública, ordenada por Cisneros, de millares de manuscritos árabes que se encontraban en la ciudad. Los ultranacionalistas serbios quisieron hacer lo mismo: borrar siglos de una "afrenta histórica" (como se decía en España

en la época de los Reyes Católicos) al acabar con lo que llamaban la "cultura turca". Los manuscritos quemados en la Biblioteca Nacional de Sarajevo eran otomanos y árabes, pero igualmente de otras procedencias. Este atentado fue un intento de destruir simbólicamente lo que significaba Sarajevo como un nuevo Toledo, como un crisol de culturas.

R.G.: "Dicho crimen", escribe Ud. en el *Cuaderno de Sarajevo*, "no puede ser definido cabalmente sino como *memoricidio*".

J.G.: Sí, se trata de un verdadero *memoricidio* que desafortunadamente siempre ocurre al final de las guerras entre culturas. En México lo saben ustedes mejor que nadie: los conquistadores destruyeron una cultura y luego forjaron un mito sobre el hueco dejado por la cultura exterminada. Es una lectura de la historia como un palimpsesto en el cual hay que borrar el periodo anterior para escribir algo nuevo.

R.G.: El *Cuaderno de Sarajevo* es un libro de crónicas. Cada capítulo narra un encuentro distinto con los personajes del drama cotidiano de la ciudad sitiada: los francotiradores, los burócratas de las Naciones Unidas, los líderes religiosos musulmanes. *El sitio de los sitios*, en cambio, es una novela cuyos capítulos alternan entre los informes ficticios de un comandante español destacado en Sarajevo, sueños y pesadillas alucinantes, poemas eróticos, e incluso referencias al misticismo sufí. ¿Por qué decidió darle una estructura tan barroca a esta novela, que contrasta con el estilo sencillo y directo del *Cuaderno*?

J.G.: Al escribir *El sitio de los sitios*, intenté aprovechar la experiencia de Cervantes. Esta novela representa, de cierto modo, a Cervantes cautivo en Sarajevo. Mi idea fue meter al lector en una situación de asedio, asediado para que se encontrara en la misma situación en la que vivían los habitantes de la ciudad. Al comenzar a leer la novela, el lector entra en el texto, y cuando cree que va a encontrar una salida, descubre que en realidad no se trata de una salida, que hay otro círculo narrativo que le rodea. Y cuando quiere forzar este círculo descubre un nuevo círculo exterior que le sigue cercando.

Este título semántico que es *El sitio de los sitios* —nos recuerda a *El cantar de los cantares*— es una tentativa de hacerle sentir como lector lo que los habitantes de Sarajevo sentían ciudadanos de un país europeo sometido a una serie de cercos concéntricos. El primer círculo fue el mortífero ataque de los extremistas serbios; el segundo, el de la UNPROFOR, la llamada Fuerza de Protección de las Naciones Unidas, cuyos elementos en realidad estaban allí solamente para mantener el *status quo*, es decir el bombardeo continuo, sin establecer ninguna distinción entre verdugos y víctimas, entre la gente que defendía un estado de ciudadanos y los extremistas que

peleaban por una causa puramente racista y ultranacionalista; el tercero, la tergiversación y el silencio de los medios informativos.

Con frecuencia los organismos internacionales, lejos de ayudar, estorbaban a quienes ofrecían muestras de solidaridad a la población de la ciudad sitiada. La UNPROFOR, por ejemplo, prohibía que los poquísimos reporteros y extranjeros que llegaban a Sarajevo sacaran más de cinco cartas de los habitantes para franquearlas fuera. La Comunidad Europea interrumpió los enlaces telefónicos con la ciudad. Todas estas acciones sólo contribuían al aislamiento —al sitio— de los habitantes de Sarajevo.

Como parte de mi venganza, incluí en la novela un capítulo llamado "Distrito sitiado" en el que el barrio parisino en el que he vivido durante la mayor parte de mi vida aparece repentinamente asediado por francotiradores. Un hecho impensable para los franceses, tan impensable como la guerra para los habitantes de Sarajevo hace apenas unos años. Nunca sospecharon la barbarie que iban a padecer, y mucho menos que Europa permanecería con los brazos cruzados.

R.G.: Usted y Susan Sontag han hablado del silencio de los intelectuales ante Sarajevo. Ella cuenta que viajó por Estados Unidos y por Europa, invitando a artistas y escritores a que participaran en un proyecto arriesgado: el montaje de *Esperando a Godot*, la obra de Beckett, en un viejo teatro improvisado en Sarajevo. Sólo usted accedió a acompañarla y aceptó participar en el proyecto. ¿A qué se debió el silencio y la falta de interés en Sarajevo por parte de los intelectuales?

J.G.: Creo que es una consecuencia de la desmovilización de la Guerra Fría. Antes, había una movilización de los intelectuales comunistas en torno a la Unión Soviética, a la revolución cubana, a Vietnam... Había también una movilización de intelectuales demócratas en contra del estalinismo y del sistema comunista. Algunos nos encontramos en una situación bastante incómoda en aquel tiempo: los comunistas nos consideraban agentes de las potencias occidentales, y muchos aquí nos tachaban de rojos peligrosos. Después de la caída del comunismo vino un desinterés general. La gente ahora tiende a buscar una rentabilidad inmediata y no se preocupa de lo que ocurre fuera de su entorno. Uno de los hechos más preocupantes durante la guerra de Bosnia fue la movilización casi nula por parte de Europa Occidental ante una barbarie tan cercana.

R.G.: Octavio Paz ha escrito que los problemas de las naciones deben verse no sólo como consecuencias de la historia reciente, sino también como la manifestación del "genio" o el espíritu de un pueblo. Los excesos del estalinismo, no fueron solamente el resultado de la política soviética que surge con

la revolución de 1917, sino que se inscriben en una larga tradición que se remonta, por lo menos, al despotismo de Iván el Terrible. Otro ejemplo: los grandes problemas que han tenido los países de América Latina para llegar a la democracia son el resultado de una larga historia —que va desde el periodo prehispánico hasta el virreinato— de caciques y caudillos. ¿Podríamos ver el desastre de la purificación étnica en Bosnia como una manifestación de la intolerancia que forma parte del “genio” del pueblo yugoslavo?

J.G.: En el caso de los extremistas croatas o de los extremistas serbios —al igual los griegos, cuyo caso es el más patente— hay una tentativa de borrar siglos de su historia, de hacer como si los musulmanes no hubieran existido nunca, y de inventarse un pasado mítico. Lo mismo que sucedió en España con los moros. Desafortunadamente este tipo de intolerancia está inscrita en la historia de los países fronterizos con el islam.

La primera vez que visité Moscú —aún durante la época del comunismo— y vi la catedral de San Basilio, me dije: ¡qué cúpulas tan extrañas tiene este edificio! Más tarde descubrí que en realidad no eran cúpulas: eran turbantes rematados con una cruz, como símbolo de la victoria del cristianismo ortodoxo sobre los musulmanes. Esta iglesia militante y ortodoxa —sea rusa, griega o serbia— al igual que la española, ha sido una iglesia guerrera: militaba con la espada. No hay que olvidar que Karadzic fue proclamado hijo predilecto de la iglesia griega e hijo de Jesucristo por la iglesia serbia. Un verdadero genocida, un asesino como no habido en Europa desde la época de los nazis, ha sido ensalzado por las autoridades eclesiásticas de Serbia y de Bosnia como un héroe y como un santo. Pero desdichadamente nadie habla de este fundamentalismo. Si hay algo bien repartido en el mundo es el fundamentalismo, no sólo político como lo vimos en el caso del comunismo y el nazismo, sino también religioso. Actualmente vemos por todo el mundo una manifestación del fundamentalismo islámico, del cristiano ortodoxo, del extremista judío, del hindú. Me viene ahora a la memoria un bello verso de José María Blanco White que se refiere a este fanatismo religioso y dice: “los que tenéis raíces en el cielo nunca podéis dejar en paz el suelo”. Con una lucidez enorme, Blanco White describió lo que pasaba en su época y lo que ha ocurrido en el siglo que está terminando.

Pero volviendo a la pregunta que me hacía, hay una tradición despótica en Rusia y en la ex-Yugoslavia que explica lo que está ocurriendo, al igual que la tradición inquisitorial explica las interrupciones constantes de la tradición liberal española. En la historia de España hasta la Guerra Civil del año 36 y el periodo del franquismo, los periodos que podemos llamar liberales han sido la excepción y no la regla. Y

aún ahora encontramos una resistencia a admitir la realidad que vivió España entre la época de los Reyes católicos y el siglo XVIII. Hablar de un Siglo de Oro con figuras extraordinarias como San Juan de la Cruz, como Fray Luis de León, como Góngora, como Cervantes, sin hablar —como lo ha hecho Mateo Alemán— del contexto en el que vivieron y de cómo se vieron obligados a defenderse es exactamente como si dentro de tres siglos se hablara del siglo XX como el siglo de oro de la literatura rusa, y se estudiaran las obras de Ajmatova, de Mandelstam, de Bulgakov, de Pasternak, sin mencionar la existencia de las Chekas, del Gulag y del terror. Desafortunadamente esto es exactamente lo que sigue haciéndose en España: la ocultación continúa.

R.G.: Después de su estancia en Sarajevo, emprendió un nuevo viaje hacia otra región sitiada: Chechenia. La ambición independentista del pueblo checheno, que recientemente libró una guerra para separarse de Rusia, fue otra manifestación del nacionalismo que se ha propagado por Europa del Este. En *Paisajes de guerra con Chechenia al fondo* propone que, a diferencia de los regionalismos genocidas que desmembraron a la ex-Yugoslavia, la soberanía de Chechenia es una causa justa que encuentra justificaciones históricas. ¿Podría hablarnos de las diferencias entre el nacionalismo checheno y el nacionalismo ciego que asoló a Bosnia?

J.G.: Y diría que el caso de Chechenia es único. Todo comenzó con el avance ruso hacia el sur, hacia el Cáucaso, con el objetivo nunca logrado de llegar al Golfo Pérsico o al Mar de la India, ya que la ambición expansionista de los rusos resultó frustrada por el imperialismo inglés, lo que explica la existencia de estados “tapones” como Afganistán. Los rusos lograron vencer la resistencia de la mayor parte de los pueblos caucásicos, pero chocaron siempre con el pueblo checheno, un pueblo que se islamizó tardíamente, en el siglo XVIII. Y desde la época del imam Mansur Ushurma hasta la última guerra, los rusos han llevado a cabo cinco guerras —cinco tentativas de exterminio— contra los chechenos.

Yo siempre he sido un lector apasionado —desdichadamente a través de traducciones— de la literatura rusa, y conocía muy bien el bellísimo poema de Lermontov, las historias de Pushkin, y especialmente *Haxi Murad*, la admirable novela póstuma de Tolstói, quien vivió la guerra del Cáucaso entre 1851 y 1853 como funcionario estatal y oficial de artillería. Leer el *Haxi Murad* mientras estaba en Chechenia fue tremendo: me di cuenta de que la mejor crónica que existía de la guerra de Chechenia que terminó el pasado año era la novela de Tolstói. Durante mi estancia en esa región presencié todas las atrocidades descritas en esa obra: las tácticas de tierra quemada, la destrucción de las aldeas,

el pillaje. No conozco un retrato mejor de Yelstin que el que hace Tolstoi del zar Nicolás I.

Varios años antes había hecho para la televisión española una serie de filmes sobre distintos aspectos del mundo islámico desde Marruecos hasta China. En ese periodo preparé —luego no se llevó a cabo— un guión sobre Chechenia. Había leído las crónicas y los libros de historia de Hélène Carrière-D'Encausse, Alexandre Benningsen, Vincent-Monteuil, y toda una serie de autores que habían escrito sobre la resistencia de las cofradías sufíes al Estado soviético. Conocía bastante bien la estructura de estas cofradías, de forma que cuando llegué allí y tuve un encuentro en la montaña con los combatientes independentistas —como lo cuento en *Paisajes de guerra con Chechenia al fondo*— les di una serie de datos para comprobar si lo que yo había leído era cierto o no, y ellos se quedaron admirados de saber que había investigadores en el extranjero que conocían su historia. Fue una escena muy bella, en una pequeña mezquita de montaña, antes de la ceremonia sufí realizada por los soldados.

En Chechenia encontré un islam totalmente distinto, o por mejor decir, en los antípodas del de Arabia Saudí. En Chechenia el misticismo sufí convive con las tradiciones tribales caucásicas. Hay mujeres guerrilleras, y aunque existen tradiciones tribales, la presencia soviética tuvo un efecto positivo al dulcificar ciertas costumbres. Pero volviendo al tema del conflicto armado, yo creo que los chechenos prácticamente han ganado la guerra. Casi han conseguido la independencia de su pequeño país, y espero que en el futuro puedan vivir en paz.

R.G.: Se trata, sin embargo, de cierto grado de autonomía dentro de Rusia, y no de la independencia total con la que soñaba Dudáiev.

J.G.: No pueden aspirar a más porque es un país que no tiene salida al mar, y que sólo tiene frontera con Rusia y con otras repúblicas de la Federación Rusa. Pero han logrado, creo yo, el estatuto de libertad mayor dentro del campo de posibilidades.

R.G.: Octavio Paz, en *El ogro filantrópico*, aseguraba que "la defensa de las llamadas libertades formales —libertad de asociación, de pensamiento, de movimiento— es el primer deber político de un escritor, lo mismo en México que en Moscú o en Montevideo". ¿Ha cambiado el papel del intelectual después de la caída del totalitarismo?

J.G.: No. Lo que decía Paz responde a la situación del mundo hoy. Tomemos a España como ejemplo, una democracia en la que ocurren una serie de cosas muy preocupantes. Tenemos no sólo el caso del ultranacionalismo y el fanatismo de los extremistas vascos, sino también las manifestaciones de racismo y de tratamiento inhumano que se le da,

desde hace siglos, a los gitanos. Desde hace tres años, junto al vertedero más tóxico de Europa, viven 300 familias de gitanos que fueron trasladadas a la fuerza por el ayuntamiento de Madrid. Y allí están, sufriendo todo tipo de contaminación, y como no es una causa rentable, muy pocos intelectuales intervienen. Comparto la opinión de Karl Kraus, que procuraba intervenir sólo en solitario y nunca en grupo, defendiendo causas que no podían ser vencedoras o por lo menos de victoria difícil. El caso de Chechenia ha sido una excepción: yo siempre he defendido a comunidades —como los gitanos en Europa o los palestinos en los territorios ocupados, o los bosnios— que sufren las vicisitudes de la historia sin posibilidades de una victoria justa en la línea del horizonte.

R.G.: Durante la guerra fría, el mayor peligro que amenazaba a los intelectuales era el abandonar la autonomía, la conciencia crítica, al dejarse seducir por una ideología casi religiosa hasta el grado de volverse —como decía Paz— "apologistas de una fe" y "cruzados". Después del fin de la Guerra Fría, ¿cuál es el mayor peligro que enfrentan los intelectuales? Dada la situación del mundo actual, parecería que ya no se trata del seguimiento ciego de una ideología, sino de la apatía y la indiferencia.

J.G.: Estamos de nuevo ante ese "fatalismo risueño" denunciado por Paz: con respecto al dogma de la Aldea Global, hay ahora un monetarismo privado de todo contenido ético, político y democrático. La Unión Europea, por ejemplo, ha sido construida en torno al Euro, la nueva moneda, sin tener en cuenta las aspiraciones o valores de los distintos pueblos que la integran. El nuevo orden mundial deja de lado clases sociales enteras, países enteros, y continentes enteros, como ha sido el caso de África. Las guerras étnicas y matanzas que asuelan a este continente no serían posibles sin el espolio continuo del que es víctima, y de la lucrativa venta de armas de países como Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y Francia. La especulación barre las fronteras estatales y favorece los negocios de una nueva mafia omnímoda, como la que gobierna en Rusia.

R.G.: Quisiera pedirle que nos dijera unas palabras sobre su próximo proyecto.

J.G.: Este otoño se publicará en España una novela compuesta por un anónimo Círculo de Lectores titulada como la que quiso escribir y no escribió Cervantes: *Las semanas del jardín*. Los veintiocho componentes del Círculo desenvuelven una trama contradictoria y llena de sorpresas en torno a un personaje único, y al final del libro se inventan un autor que lleva mi nombre y apellido. Soy así un autor desautorizado y dudoso, producto de los miembros del Círculo, y a fin de cuentas de los lectores. ◀